

Hitler,

el gran solitario

Hace quince años que, obseso, iluminado y tenaz, desencadenó la más tremenda de las guerras

AMABA A LOS NIÑOS Y APADRINABA A LOS QUE NACIAN EN SU REFUGIO

Cierta noche, abrumado de cansancio, acudió al estudio de su fotografía para poder dormir en paz

LA última vez que vi a Hitler, no le vi a él realmente; vi a su sombra. Fué en aquel Reichstag, herido ya por los bombardeos, cercado por un Tiergarten en el que los tilos presentaban inusitadas mutilaciones. Los tilos se prolongaban por la Unter der Linden, junto al hotel Adlo, en el que las representaciones extranjeras eran cuidadosamente aisladas del mundo exterior, y en el que, bajo la flecha que indicaba el camino al refugio anti-aéreo, se había añadido, con desconcertante cortesía; por favor... En este hotel se hospedó Molotov cuando aún Rusia no

era frente Este, sino aliado oriental.

Hitler hablaba pocos días antes de Stalingrado. Su rostro era tan inexpresivo como siempre; tan extrañamente inexpresivo. También su voz

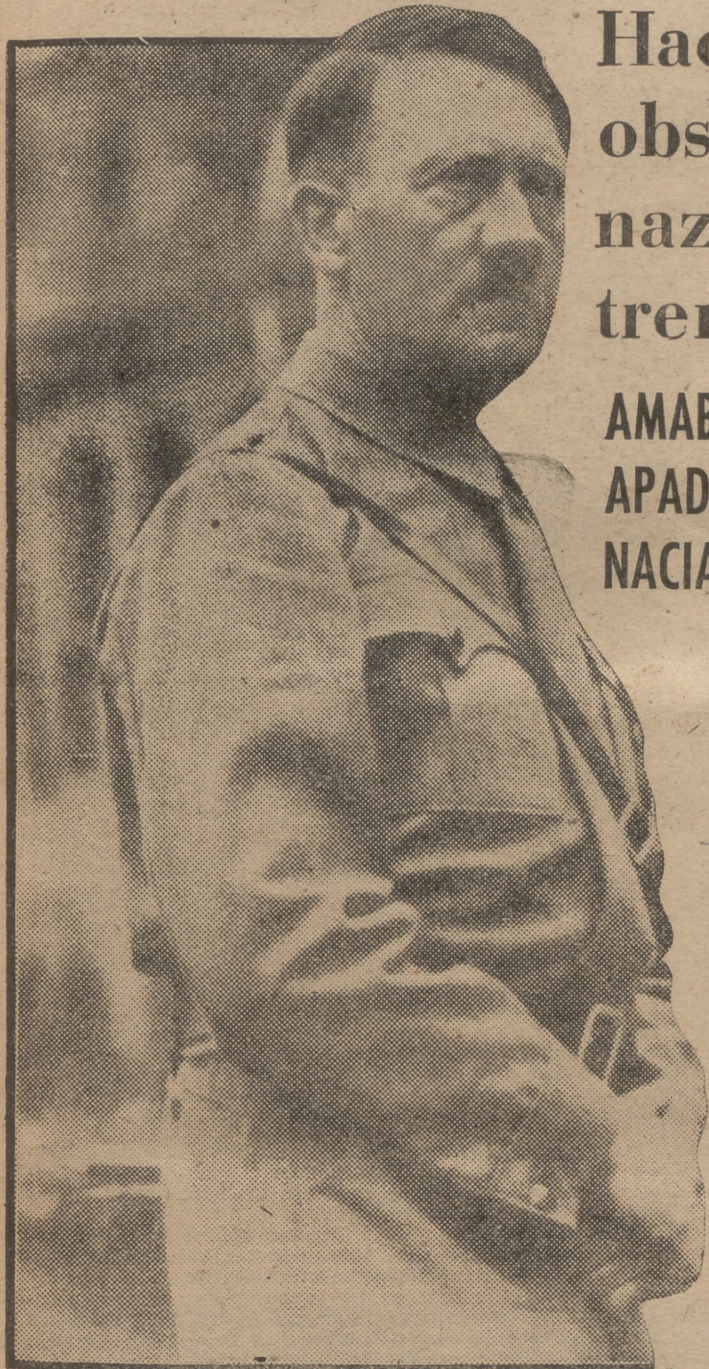
pretendía serlo, pero le traicionaba a veces, y hacía recordar al apasionado orador de Munich y los días fundacionales. Su rostro, no. Era como una careta, tranquilo, con su bigotito y su pelo

caído, un poco inclinado, mirando en torno con fatiga, miopía. Aquel día le habían fallado las ovaciones populares; el silencio de Alemania comenzaba ya. Pero ni uno de sus músculos se alteró, como tampoco cuando las aleccionadas filas de diputados se ponían en pie, a una señal previamente convenida del cabeza de fila, para aullar su entusiasmo por el conductor de la nación. Fué entonces cuando me dijeron que Hitler se maquillaba para presentarse en público, a fin de no dejar traslucir sus emociones. Todavía más; que ensayaba sus menores gestos y ademanes, que le eran recogidos por una cámara cinematográfica y proyectados después ante él, para que pudiera corregirlos. Hitler, en el gran silencio de la Cancillería, componía su máscara, cuidando que nada de su propia personalidad pudiera perjudicar la desesperada y grandiosa empresa en que andaba empeñado.

LA PRIMERA VEZ

La primera vez que le vi fué en París; yo volvía de Viena, una Viena en la que todavía tenían su lugar los violines.

Era alegre y mucho más joven; reía, junto a la gran humanidad blanca de Goering y la inteligencia morena de Goebbels, uno de los hombres más penetrantes que he tratado. Goebbels concurría al Auslander Presse y se podía hablar con él, o por lo menos, escucharle. Era pequeño, de gran cabeza, y acostumbraba a ponerse de puntillas, con las manos atrás. Cuando recibía a los periodistas solía hacerlo sobre un estrado, en la sala pompeyana del Ministerio de Propaganda. Decían de él que se educó en los jesuitas y que adoraba a las mujeres. En el Kaiser-hoff se recuerda el asiento que siempre ocupó, antes de su llegada al Poder, cuando se reunía para conspirar, como una especie de piedra taumatúrgica sobre la que apareció la imagen del nacionalsocialismo.



Hitler durante su célebre discurso pronunciado en el Reichstag meses antes de declararse la guerra. (Foto Cifra)

Quemina en la máquina 24

PUEBLO

Fin de semana

SUPLEMENTO DE LOS SABADOS

MADRID, SABADO 4 DE SEPTIEMBRE DE 1954

HITLER, EL GRAN SOLITARIO



Hitler se dirige el pueblo alemán

(Viene de la página primera)

Hitler reía en París; los noticiarios le mostraron ensayando el "paso de la oca", sobre un fondo apretado de bosque; el bosque de Compiègne, con su vagón y sus representaciones militares, herméticas y silenciosas, que firmaron la capitulación de Francia.

LA GRAN SOLEDAD

Se han cumplido quince años de todo esto. Quince años desde que estalló la guerra más desmesurada y cruel que la Humanidad recuerda, hasta que manos trémulas y decepcionadas buscaron el cadáver de Hitler en la Cancillería, entre las ruinas y el polvo de los cascos y el brillo casi metálico de los mármoles rotos.

Ahora nos damos cuenta de la enorme soledad de este hombre, que ni siquiera en la muerte encontró compañía; del que muchos dudán, si quiera, que haya muerto. Desde el principio estuvo solo, y su aislamiento aumentó al compás de su desgracia. A veces, en ese Berlín, parecía cruzar una gran sombra; los berlineses imaginaban, entonces, a Hitler, paseando por los corredores de la Cancillería, un poco como un faraón preso en su pirámide. Dando órdenes, decidiendo el destino de naciones y pidiendo después, patéticamente, a su médico, un poco de sueño por favor, costase lo que costase; unas horas en que cerrar los ojos como los demás mortales, como el soldado que venía de permiso, como la mujer que voceaba el "D. A. C." en la Postdamer Platz.

Desde un principio estuvo así; consiguió colaboradores, pero no amigos. No amó ni fue amado. Apenas si Eva Braun es un remanso de sus últimas horas, cuando nada en la tierra importa ya; una especie de examen de conciencia sentimental.

Le quisieron casar con Winifried Wagner, como quien casa a Napoleón con "La Marsellesa"; tan absurdamente y fuera de tiempo.

El fué a los festivales de Bayreuth, escuchó la música del genio y volvió, dejando convertida a Winifried en una virgen oficial, la gran virgen de las segundas "Walkirias". Hitler, todos lo saben, amaba la música de Wagner; su amor no pasó de ahí.

Probablemente no podía pasar. Probablemente estaba prisionero de su empresa, de sus sueños, de su imaginación. Fué un gran trágico, a su manera, y por eso la imaginación cuenta tanto en él. Hablaba a veces solo; otras con sus compañeros. Pero durante días y días, firmaba, en silencio, y nadie se atrevía a distraerle de sus pensamientos, probablemente porque sus pensamientos asu-

taban. También bajaba al refugio de la Cancillería y hablaba con los niños, y los niños no se asustaban de él, porque a los niños no les dicen nada los pensamientos. El refugio de la Cancillería estaba dedicado, sobre todo, a las embarazadas, a Hitler apadrinaba a los que nacían en él y les enviaba unas grandes canastillas; unas canastillas fabulosas y rebosantes, con las que las madres fabricaban ropa interior para el marido, que se helaba en el frente.

TODA LA FATIGA DEL MUNDO

Así, como quien empuja la roca que le ha de aplastar, este hombre empezó su soledad sin par, su total y grandiosa soledad, frente al mundo y frente a su alma. Quizá su grito más significativo, quizá el más auténtico en él, fuera el que lanzó cuando se vio, entre ruinas, lleso del atentado de Bürgerbräutkeller, la famosa cervecería de Munich.

"¡Yo soy inmortal! ¡Yo soy inmortal!"

Si no lo fué, purgó el gran pecado de los hombres: acercarse a los "inmortales". Acaban de cumplirse quince años de su guerra, la guerra nueva, hecha con nuevas armas y en virtud de nuevos principios. La guerra que fué como todas; tan vieja como todas; tan estúpidamente vieja.

¿Qué pensó este hombre? ¿Cuáles fueron sus sufrimientos? ¿Cómo gritó, pidiendo compañía, a los mármoles de su despacho, al busto de Federico el Grande, a los lapiceros siempre afilados, que poblaban su mesa?

Hoffman, hijo, era su fotógrafo. Hoffman, padre, tomó una vista de la protesta popular por el Tratado de Versalles; en primera fila figuraba Hitler. Esta fotografía, con Hitler enmarcado en una circunferencia blanca, sirvió de base a una propaganda simpática y personal del Führer.

Hoffman, hijo, sentía una gran devoción por Hitler, eran, incluso, vagamente amigos. Cierta noche, con la guerra avanzada, alguien golpeó en la puerta del estudio de Hoffman. Al abrir, vió a Hitler en la puerta.

—No me hables—le pidió—. Déjame descansar. Aquí...

Tomó asiento en un sillón, juntó a los ventanales que daban a la Alexander-Platz. Se durmió. Se durmió tranquilo, ante un Hoffman pavorosamente acongojado.

A la mañana siguiente no estaba ya. Apenas si, sobre la tela, quedaban unas arrugas. La huella de un hombre que había llegado hasta allí, desde su soledad, abrumado por toda la fatiga del mundo.

Manuel POMBO ANGULO

SANTANDER, PEQUEÑA BABEL

CENTENARES DE EXTRANJEROS EN LOS CURSOS DE VERANO DE LA CAPITAL MONTAÑESA

Conferencias, cursos, cine, teatro, playa y deportes, sin salir de este paraíso estudiantil

SANTANDER. (Crónica de nuestro enviado especial, Antonio D. Olano).—Con un sol que ahora les despierta cada día en sus alegres habitaciones estudiantiles del palacio de la Magdalena o de las antiguas Caballerizas, todos los participantes en los cursos de verano están haciendo sus maletas para regresar a los puntos de origen.

La Magdalena, esa deliciosa península que encierra a los estudios de toda España y de muchos países más, ha estado en pleno auge, hegemonía que va perdiendo poco a poco en estos días en que cada uno vuelve a sus respectivos trabajos o estudios. Con un poco de suerte oíamos hablar allí en español. Y, desde luego, los que hablaban en nuestro idioma eran los extranjeros que querían practicar. Porque con eso del intercambio de idiomas ya va siendo necesario para algunos un intérprete en estos Cursos de Verano. En los bosques de pinos, en esas graciosas playitas, con sus rocas y todo, es francamente difícil escuchar una conversación sostenida en correcto español.

PRINCIPIO Y FIN

Poco salían, salvo a los festivales del Ministerio de Información y Turismo, los residentes allí, de la Magdalena. Desde sus objetivos de estudio hasta las más diversas distracciones podían encontrarlas fácilmente sin salir del recinto. Porque se realizaron allí mismo interesantes proyecciones cinematográficas, representaciones teatrales de clásico y moderno. Todo servido en bandeja, hasta el punto de ser la Magdalena el principio y fin de Santander para estos estudiantes.

No vamos a referirnos aquí, naturalmente, a las ilustres personalidades que asistieron a los diversos cursos, puesto que nuestra idea es reflejar el ambiente estudiantil, que ha resultado magnífico.

Un gran número de extranjeros, como hemos dicho ya, tomaba parte en los diversos cursos. Por ejemplo: quinientos asistieron al curso elemental de la Universidad de San Rafael. Más de doscientos se reunían en el curso superior celebrado en Las Llamas. Esto resultaba una Babel, pero una Babel bien organizada, porque si lo que se pretendía era la confraternización de los estudiantes de los más diversos países, se ha conseguido plenamente ya.

Es curioso observar que todos los extranjeros, antes de su marcha, buscaban a los informadores de Prensa para decirles algo, para expresarles su emoción de haber conocido España. Querían así pagar en parte las atenciones que se les han dispensado en todo momento y no podrán olvidar fácilmente.

Tres negros de Nigeria—de cromos, señores—nos explicaron el porqué de haber llegado hasta Santander. Ellos ya conocían España a través de los libros, pero

quisieron verla en su propio ambiente. Los muchachos no podían decir más que una serie de frases de elogio que, eso sí, se las aprendieron hasta en perfecto español y todo.

DOS SACERDOTES AMERICANOS

Hemos mantenido una breve entrevista con dos jóvenes sacerdotes norteamericanos que han asistido a los cursos. Su aspecto deportivo, una sonrisa siempre en los labios y los sentidos elogios hacia nuestro país... Se trata del Padre Robert Sealy, de Nueva York, y Thomas Clancy.

Ambos están estudiando en Francia, y el primero de los citados es profesor de Universidad en su país. Han venido a Europa para completar sus estudios y después llevar muestras de la cultura europea a los Estados Unidos.

—¿Habían estado en España anteriormente?—les preguntamos.

—Nunca. Y ¿qué les parece nuestro español?

(Ellos "se defienden" perfectamente en nuestro idioma.)

—¿Opinión de nosotros? (Pregunta con tópicos, pero que ellos buscan insistentemente.)

—Es un pueblo muy simpático, jovial y de un carácter muy parecido al nuestro, al de los norteamericanos.

—¿Qué han venido a aprender aquí?

—El idioma, en lo posible, y a asistir a los cursos de extranjeros.

—¿Lo mejor de ellos?

—Las clases prácticas y los cursos sobre Historia ha sido lo que nos agradó más.

—¿Se van a América?

—No; todavía nos quedan unos dos años de estudios en París.

—¿Impresión general de Europa?

—Completamente diferente a Norteamérica.

—¿Lo que más les ha impresionado como sacerdotes?

—La práctica de la fe católica, que se hace notar sobre todo en España.

—¿Los sacerdotes europeos...?

—Nos agradan también los españoles, que hemos observado que son como nosotros. A diferencia de otros países, mantienen una constante corriente de simpatía con los fieles. También nos impresionó el respeto que se les tiene aquí.

—¿Algo más?

—Sí; que hemos notado el enorme respeto y cariño que se tiene por el jefe del Estado español por parte de sus compatriotas. Franco es un gran hombre.

APTOS EN AMOR

Otra de las lógicas consecuencias del continuo convivir en los Cursos de Verano entre estudiantes de diversos países son las relaciones que se inician entre ellos, y que a veces terminan en boda.

—Diga que me gustaría un es-



Aquí, rodeados de otros extranjeros—cada uno de una nacionalidad distinta—, aparecen los dos sacerdotes norteamericanos que hemos entrevistado para este reportaje. No conocen España, pero después de la sensación que les ha causado están dispuestos a volver en más de una ocasión.

pañol alto, moreno... ¡gitanazo! —nos dice una rubia francesita, que ya habla correctamente nuestro idioma con sólo unos meses de estancia en España.

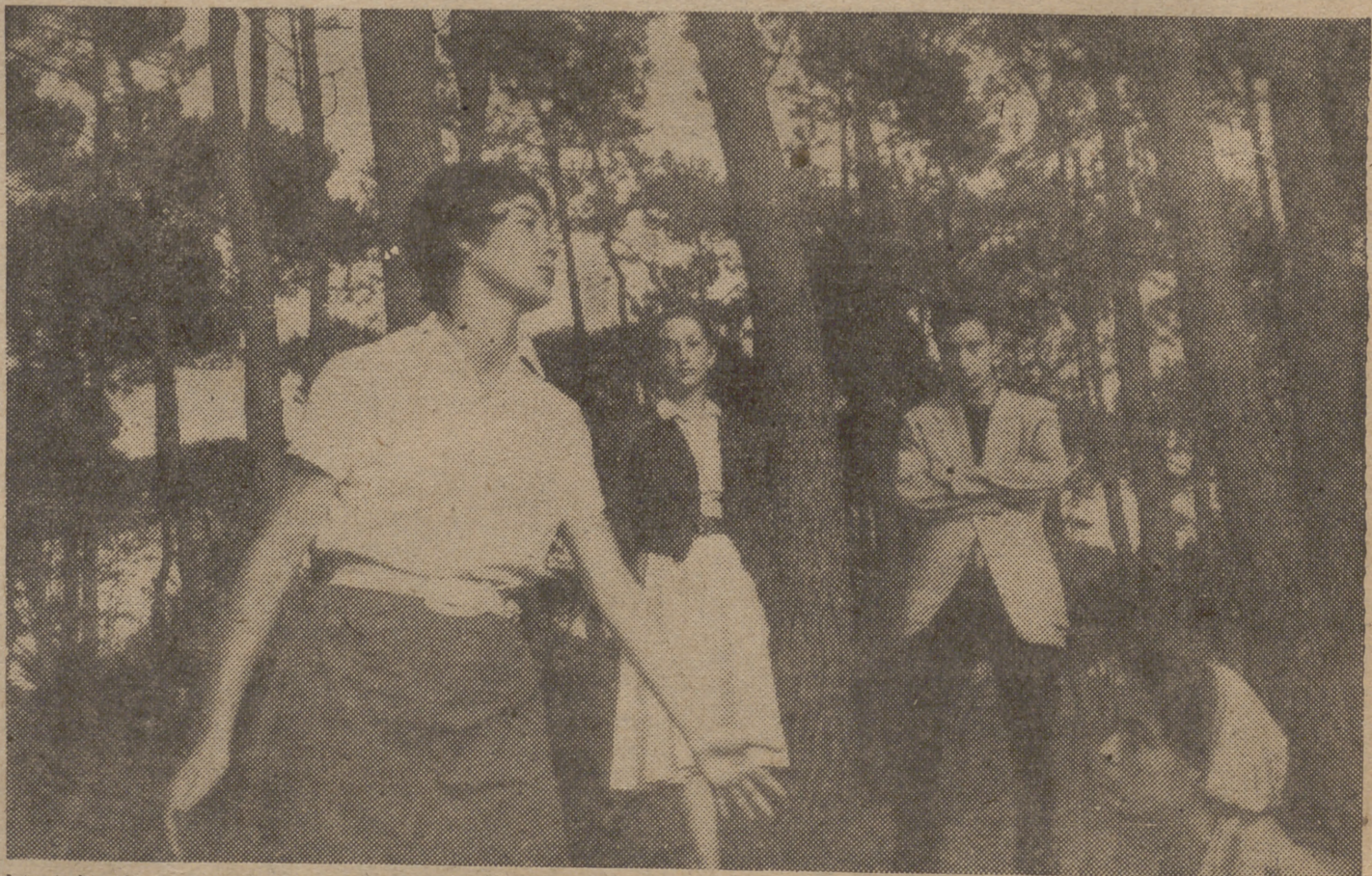
En más de una ocasión las simpatías entre muchachos asistentes a los cursos han sido mutuas, y surge el inevitable romance, que se ve continuado por la correspondencia... De ahí que muchas de las extranjeras pueden pasar a ser llamadas españolas consortes.

Desde luego, la mejor de las organizaciones internacionales es esta juvenil. Hablando, discutiendo problemas, cambiando puntos de vista entre ellos, aprenden a conocerse unos a los otros sin necesidad de los informes oficiales

de las O. N. U. S. esas, que todo lo limitan a frías estadísticas, inútiles en la mayor parte de los casos.

También podemos conocer historias curiosas. Como la de un joven hispanoamericano, que se dedicó a gastarse su dinero en conocer las fiestas de España, las ciudades en su propio ambiente... En Santander se vió obligado a servir de intérprete del regidor de un "ballet" francés para costearse la estancia. Cada uno se vale de sus propios medios económicos, que unas veces se traducen en becas, otras en conferencias y en su mayor parte en ahorros.

Antonio D. OLANO



Los universitarios del Teatro Popular Universitario ponen una nota pintoresca en la Magdalena. Nada de los antiguos ensayos en un apollinado escenario viendo pasar inútilmente el buen tiempo. Un ensayo higiénico es el que ellos realizan en ese magnífico decorado natural que son los pinares de la Magdalena. Gustavo Pérez Pulg es el encargado de la dirección en este ensayo oxigenado y de cara al mar.

MOMIAS Y ESPIRITUS INCLUIDOS

Un capitán norteamericano y su familia habitan un viejo castillo alemán por el mismo precio que un hotel

TIENE UN GRAVE INCONVENIENTE: LE FALTA CALEFACCION CENTRAL

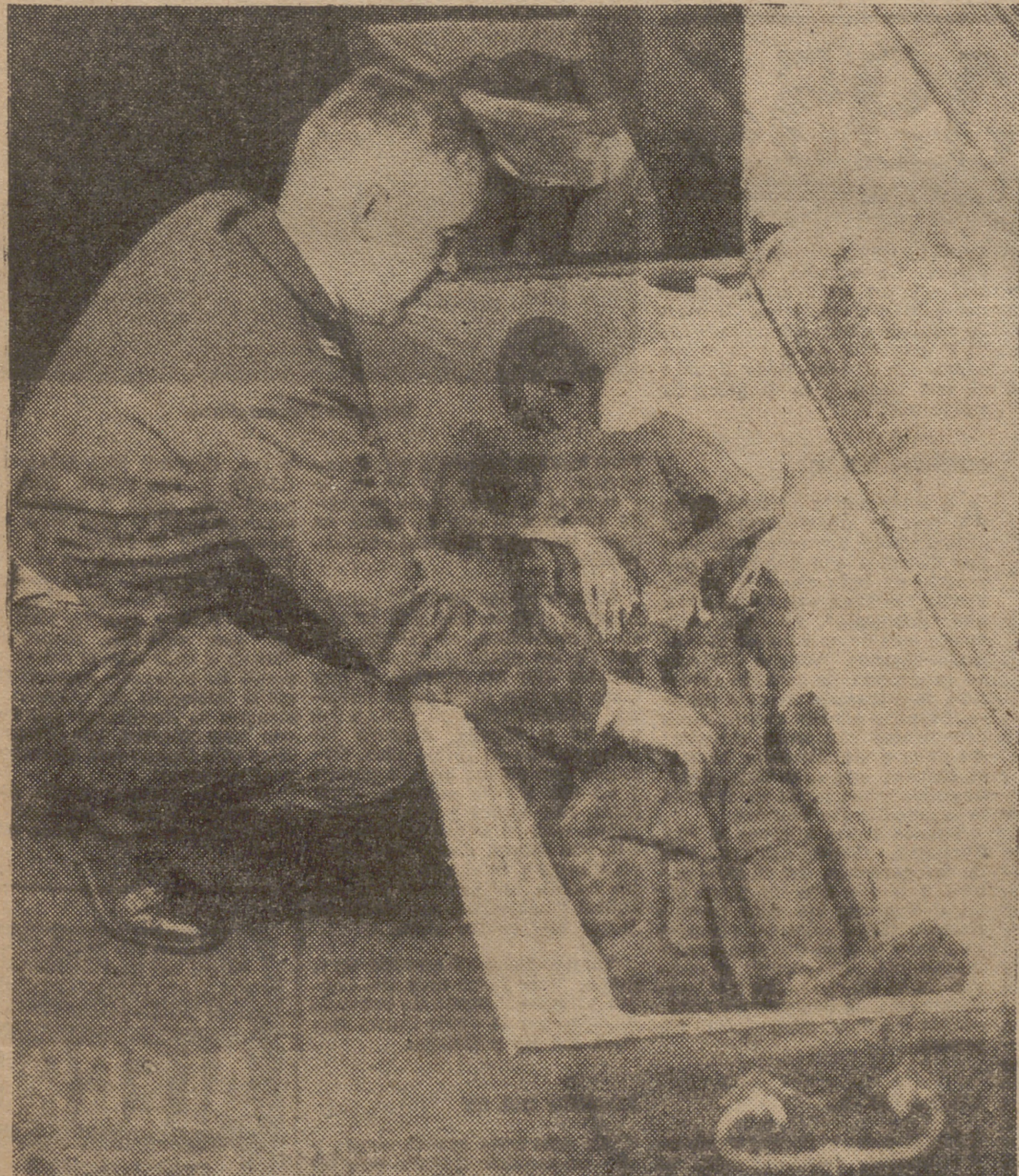


El capitán Rodney explica a su hijo Robbie las características de una de las lanzas que se conservan en el castillo. El niño escucha interesado. (Foto Cifra.)

CUANDO Mark Twain escribió las deliciosas aventuras de "Un yanqui en la Corte del Rey Arturo", no pudo imaginar siquiera que una familia entera de yanquis viviría algún día en un viejo castillo germano del siglo VIII, con su foso, sus pasadizos secretos, sus momias correspondientes de los antiguos habitantes de la fortaleza, su puente levadizo y su espíritu fantasmal, que, realmente, nadie ha visto nunca, pero que todo el mundo asegura recorre los solitarios pasillos de la mansión desde hace trescientos años.

Este es uno de aquellos sueños hecho realidad por el capitán Henry M. Rodney (con domicilio en 2.016 Manitoa Place, Spokane, Washington), cirujano agregado al 18 Grupo de Artillería de Campaña de las fuerzas de ocupación norteamericanas, quien vive con su esposa e hijos en el antiquísimo castillo en forma de torre de Sommersdorf, cerca de Ansbach.

El castillo perteneció al barón von Craislheim, cuyo descendiente ostenta el mismo título y vive también en el viejo castillo, pues solamente ha alquilado a los Rodney siete habitaciones, por las que le pagan ciento cincuenta dólares mensuales. Desde luego, por esta cantidad, los Rodney, papá, mamá, Robbie y Bill, de ocho y diez años, respectivamente, podrían vivir en uno de los mejores hoteles alemanes, con muchos camareros de etiqueta, gentiles doncellas de albas cofias y ceremonioso "maitre", pero ellos han preferido las incomodidades del antiguo castillo legendario.



Esta momia con las botas puestas y la espada pertenece a un coronel sueco que murió durante la Guerra de los Treinta Años. (Foto Cifra.)



Castillo de Sommersdorf, en un bello rincón de Franconia, recientemente alquilado por el capitán norteamericano Rodney. (Foto Cifra.)

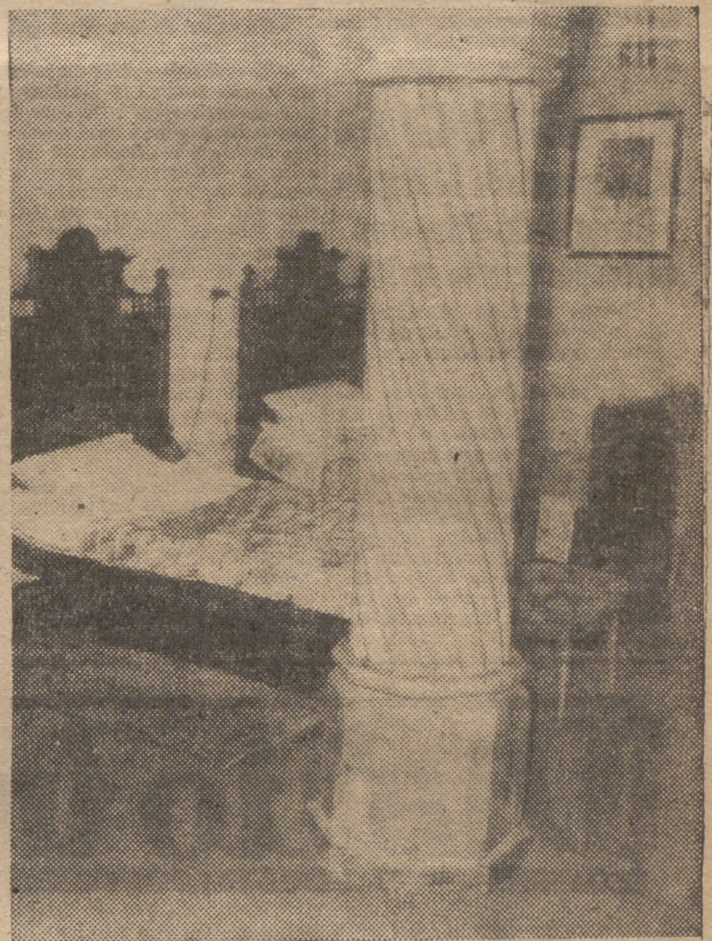
El castillo de Sommersdorf fué empezado a construir, aproximadamente, en el año 787, siete siglos antes del Descubrimiento de América por los españoles, y es un "pilon" macizo y rectangular coronado por cuatro torres en las esquinas, que todavía conserva en buen uso el chirriante puente levadizo que permite salvar el arroyo circundante, pasadizos secretos llenos de misterio y poesía, por los que la gente local asegura que se pasea todas las noches el "Espíritu Bello". El "Espíritu Bello" pertenece a una antigua baronesa, von Craislheim, que aseguran fué quemada viva hace trescientos años, aunque su cuerpo momificado se conserva con otros siete antiguos habitantes del castillo, alineados en los huecos de los antiquísimos cimientos, en la cripta de la familia. El magnífico estado de conservación de la cripta y su macabro contenido se atribuye a cierta hierba que allí crece aun en las mismas paredes. Entre las momias destaca la de un coronel sueco de la Guerra de los Treinta Años, que todavía conserva las botas —debió morir con ellas puestas— y la espada. Este coronel murió joven, a los treinta y seis años, y estuvo casado con una Craislheim.

Pero los verdaderos beneficiarios de todas las bellezas y antigüedades de Sommersdorf, son los pequeños Robbie y Bill, que están viviendo en sus juegos infantiles las más estupendas aventuras que pudieron imaginar, rodeados de murciélagos, ratas, flechas y lanzas milenarias, viejas armaduras y demás escenografía apropiada. La vida hogareña de Los Rodney del 2.016 de Manitoa Place, Spokane, Washington, en el castillo milenario de los Craislheim, no es nada tediosa ciertamente. Según el propio capitán Rodney, la cama en que duerme, tan antigua como el castillo, es la más dura que ha visto.

Pero, a pesar de que nunca los Rodney gozaron de algo tan bueno, están dispuestos a abandonar Sommersdorf este invierno. Existe un grave inconveniente en esta época del año en el castillo: la falta de calefacción central. El verano tan fresco que hemos disfrutado ha comenzado a desosegar un poco a los norteamericanos de la casa solariega de los Craislheim. Pero el capitán Rodney y sus pequeños guardan un agradable recuerdo de Sommersdorf, y dicen satisfechos: "No nos sorprendería lo más mínimo que volviéramos el próximo verano."

Los magnates americanos no pueden hacer transportar, piedra sobre piedra, los viejos castillos europeos a California, pero el capitán Rodney, del 18 Grupo de Artillería de Campaña, ha sido más feliz que sus acaudalados compatriotas. Los espíritus no cruzan el Atlántico más que en las películas "made in Hollywood", y el capitán Rodney ha tenido a su disposición todo el verano al "Espíritu Bello" de la joven baronesa Craislheim, muerta hace trescientos años.

José G. DE FERNANDO



Alcoba de los Rodney, en el Castillo. (Foto Cifra.)



Robbie y Bill, hijos del capitán Rodney, disfrutaban del marco más adecuado para vivir estupendas aventuras. (Foto Cifra.)

LA SEMANA LITERARIA

Un libro que produjo cien mil pesetas

PUDO PRODUCIR DOS VECES MAS, PERO LAS EDICIONES HAN SIDO REGALADAS

El ambiente cálido y humano de Madrid es propicio al nacimiento y desarrollo del reportaje. Abundan los personajes famosos. El incidente extraordinario. Pero el verano desértico y lánguido de la capital deseca esa flora inagotable de la que extraemos la noticia tensa de interés pintoresco o sensacional.

Por las mesas del café Gijón viene ésta rodando hasta mí, que la recojo con interés.

—Un libro que ha producido cien mil pesetas. Pudo haber producido más, pero el autor...

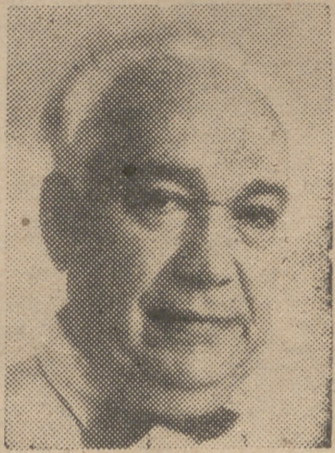
Busco a éste. Don Pedro Rivero.

—Soy venezolano, aunque racionalmente pertenezco a España: a Asturias más concretamente. Unenme a España, además de estos vínculos, mi gran admiración por vuestro Caudillo, y cariño, inspirado hace varios años en Washington por su hermano Ramón, a quien me unió una gran amistad y afecto. Mi sentimiento hacia el Generalísimo acrecentóse al ver unidas en tan admirable personalidad dotes realmente extraordinarias, tanto de estadista como de un privilegiado y primerísimo espíritu castrense.

LIBROS Memoria de la Dirección General de Prisiones correspondiente a 1953

Hemos recibido la Memoria de la Dirección General de Prisiones, correspondiente al pasado año.

Confeccionada con todo esmero y exquisito gusto en los talleres penitenciarios de Alcalá de Henares, incluye interesantes y completísimas noticias de la labor realizada durante dicho período de tiempo, profusamente ilustrada con bellas fotografías, y a las que precede un prólogo tan ameno como docto, escrito por el director general, don José María Herreros de Tejada y Azcona.



—¿Y Venezuela...?

—Como aquí, impera el alto espíritu cívico castrense. Un imperio de orden difundido por nuestro Presidente, general Pérez Jiménez, caudillo del actual progreso venezolano.

—Hábleme de ese libro que le produjo tanto dinero.

—Es exclusivamente de sonetos, mi fuerte poético, y llámase "El mar de las Perlas". De este libro fueron hechas tres ediciones: una que regalé a la Asociación de Escritores Venezolanos, otra que también doné a una tercera adquirida por el Ministerio de Educación Nacional con fines de divulgación literaria, destinada a la Sección Biblioteca Popular, con adopción del libro por Universidades y Colegios Nacionales como texto poético-literario. Cobré entonces cien mil pesetas, que de no haber regalado las ediciones anteriores serían trescientas mil.

—¿Escribió más?

—Sí; tengo "El mar de Ulises", y preparo "El pescador de ánforas", también de sonetos, más uno en prosa de mis impresiones sobre España.

—¿Dónde los editará?

—Aquí, donde fueron inspirados.

—Perderá dinero...

—Gano algo mejor. Una nueva

fusión espiritual con mi Madre Patria.

—¿Vive siempre aquí?

—Desde hace cuatro años. Retirado de la diplomacia, vine en misión cultura "ad honore".

—¿Que consiste...?

—Estudiar el medio artístico, y especialmente el intelectual, en todos sus órdenes.

—¿Cómo opera a tal fin?

—Investigo en bibliotecas, archivos y museos. Vivo de cerca el interés apasionante del contacto humano con los intelectuales españoles.

—Su obra acusa una línea precisa y ajustada de neoclasicismo. ¿Sólo admira los valores literarios de antes?

—Profundamente. Al igual que el valor nuevo que hoy palpita en vuestra literatura actual: sencillez y humanidad, que no excluyen la solera, clásica.

—¿Sólo se dedica a los libros?

—Colaboro en toda la Prensa de mi país.

—¿Va muy lenta su fábrica de hacer sonetos?

—Teniendo en cuenta opiniones autorizadas, que exigen para tal labor períodos desde uno a cuatro años, no. Yo tardé un mes en hacer uno.

—¿Compensado económicamente...?

—Cien bolívares por soneto, que en moneda equivalente a la española hacen mil pesetas. Repartidas entre las catorce líneas del soneto hacen valer cada una de ellas unas setenta y ocho pesetas.

—¿Qué opina de nuestro periodismo?

—Va a la altura del mejor del mundo.

—¿Cuándo regresa a su patria?

—Tengo dos. Venezuela y España.

Magnífica raigambre racial la de este cantor del mar, descendiente de aquel gran don Pedro Rivero, consejero del Rey Fernando VII. Estupenda personalidad la de este Rivero de hoy, al que podemos llamar paisano nuestro por español; yo, más aún: por asturiano.

Isabel GARCIA-SUAREZ

PREGON

EN la novena "Carta de Información Hispánica", Alfredo Sánchez Bella, director del Instituto de Cultura Hispánica, da cuenta de las actividades académicas del último curso. Bajo el epígrafe "Teoría y práctica de los Institutos de Cultura Hispánica", se explican sucintamente las finalidades y formas de acción cultural de dichos organismos. "En mi sentir—dice el señor Sánchez Bella—, los Institutos de Cultura Hispánica que se van extendiendo y fortaleciendo poco a poco en todas nuestras naciones, deben conciliar la libertad de movimientos y la continuidad que derivan de su naturaleza privada con el impulso y la eficacia que pueden encontrar, al servicio de sus altos fines, en la fuerte ayuda que puede prestarles el Estado."

◆ "La poesía es una síntesis de la flor del jacinto y del bizcocho infantil." Esta es una definición del poeta norteamericano Carl Sandburg, del cual habla en el último número de "Revista" John T. Reid, agregado cultural de la Embajada de los Estados Unidos en Madrid. Otras nueve definiciones más pueden leerse en el poema de introducción a su libro "Good Morning, América"; traducidas por Hildamara Escalante, son recogidas por el señor Reid en su artículo. Sandburg tiene setenta y siete años; parece excusado decir que fué lechero, tramoyista, alfarero, mozo de hotel, peón, soldado, publicista y periodista como allí es costumbre, pero, según él mismo ha dicho, a la edad de seis años "mis dedos supieron buscar el encanto del alfabeto..."

◆ Una biografía de François Villon, el poeta vagabundo francés, acaba de ser editada por la Colección Austral en Buenos Aires. Su autor es Antonio de Obregón, el conocido escritor y periodista madrileño.

◆ Entre las últimas novedades editoriales es de señalar la excelente versión del teatro de Racine que ha editado Janés, de Barcelona, debida a Juan Ortega Costa. Corresponde a la Colección El Mensaje, del nutrido catálogo del emprendedor editor catalán.

◆ Digno de mención es también el libro "Memorias" del Mariscal Rommel, que en dos tomos acaba de sacar a la luz Luis de Carral, que comprende los papeles del famoso personaje recopilados y ordenados por su hijo Manfred y el escritor inglés Liddell Hart.

◆ Biblioteca Nueva ha reunido en un volumen cuatro novelas breves de Baroja: "Las hermanas Mac Donald", "Los amores de Antonio y Cristina", "Los amores de un médico de aldea" y "Los contrabandistas vascos", que da título al volumen.

LIBROS

LOS CAMINOS DE LA FE

Hace tres o cuatro años se habló bastante de una película francesa que planteaba un singular tema religioso: en una remota isla, al fallecer el párroco, el sacristán tomaba sobre su conciencia la tarea de sustituirle y administrar los Sacramentos. «Dios necesita a los hombres» se titulaba el film, pero, verdaderamente, era una notable y exacerbada demostración de lo contrario; los hombres precisaban de Dios, del consuelo religioso, y recurrían desesperadamente a inventar un servidor improvisado para su fe, para su necesidad divina.

Tema parecido es el de esta novela, cuya versión española, me han dicho, se divulga rápidamente entre la gente (1). Un aviador aventurero americano, caído en China, no ve otro camino para liberarse de cierta peligrosa servidumbre que el disfrazarse, tomando el nombre y la misión de un sacerdote católico muerto ante sus ojos. Su aparición coincide con la agonía de un creyente, al cual, ante testigos, se ve forzado a conceder una simulada absolución; los feligreses, ansiosos por una larga ausencia de auxilios, se precipitan sobre él, y la farsa sacrilega continúa irremediablemente. Rezos, bendiciones, misas, bodas, confesiones, nuestro hombre ve poco a poco tornarse su inconsciente ardor en un tremendo conflicto interior, al cual, sacudido por la propia fe su infancia, resurgida y exaltada por el extraño ejercicio a que ha de entregarse, no ve salida. La presencia de unos compatriotas, y principalmente los evidentes resultados de su fingido apostolado en los humildes campesinos chinos de su parroquia, complican hasta lo indecible esta situación.



Cuestión aparte el problema teológico y canónico—no hay ninguno en el fondo, porque la gracia sacramental no se dispensa en las farsas del protagonista—, cabe preguntarse si situación tan anormal y artificiosa basta como pretexto a una novela. A fin de cuentas, la fe católica basta por sí misma a los creyentes y suple sobradamente las contingencias extremas de ausencia sacerdotal y culto. «Siempre se muere solo», decían los anacoretas. De todos modos éstos son hombres y tienen sed; el engaño no es para ellos visible, no tienen problema. El que quiere ilustrar William E. Barret no es, por cierto, el suyo, sino el de Jim Carmody, el falsario, víctima de lo que podemos llamar «mentira piadosa». De paso, los designios impenetrables de Dios se nos muestran una vez más en forma literaria.

Tanto da, pues, el artificio—por otra parte verosímil—de la situación. Lo notable es su desarrollo en el ánimo del protagonista, acosándole y empujándole sin cesar a seguir adelante y a buscar una salida sin trampas. En la novela religiosa actual el tema es relativamente nuevo, como dijimos; pero si radicalmente distinto a la idea «sacerdos in aeternum», que es la que suele predominar en Graham Greene, por ejemplo. William E. Barret, además, no descarría; su falsario recobra la fe en la experiencia, pero la fe común del creyente, no la del sacerdote. Sigue siendo hombre, y el autor no se olvida de subrayar repetidamente este trazo, al que una anécdota sentimental, estilo rosa-cinematográfico, otorga su sentido.

Bien. Serme permitirá dudar que un libro semejante sea en verdad un libro de honda penetración en los problemas religiosos del hombre de nuestro tiempo. Sus peripecias son demasiado anormales e infrecuentes para que así pueda tomarse. Sin embargo, es un libro bueno, interesante y sugeridor; de cuando en cuando, como en el apólogo de la garza y la tortuga, sus páginas son embelesantes. Ediciones Dinar acredita, una vez más, con este título su admirable inquietud por los temas espirituales y religiosos de nuestro tiempo, que tan magníficamente sabe traer a nuestro idioma.

Celso COLLAZO

(1) WILLIAM E. BARRET: "La mano izquierda de Dios". Ediciones Dinar, S. L. San Sebastián, 1954.

Diario íntimo 1954

Por CESAR GONZALEZ-RUANO



MIÉRCOLES DÍA 24 DE AGOSTO

SIN contraventanas, sin cerradura todavía en la puerta, "El Cagigal" se quedó envuelto en las primeras luces del día. Eran las cinco y media de la mañana. El pinar, frente a la playa del Condado, estaba fresco, intacto, como inédito. La fuerza de un día que hace es algo delgado y fuerte. Parecía que los pinos habían nacido aquella noche.

Con ojos de sueño recorrí en coche los pocos kilómetros que me separaban de Barcelona. Inmediatamente me puse a hacer cosas. Al finalizar la primera mañana sobre el asfalto ya tenía firmados los contratos de dos ediciones: "Mata-Hari", con las Ediciones AHR, y la novela "Imitación del amor", con la Editorial Jano.

JUEVES DÍA 25

FUECHA íntima. Tengo un corazón bastante tradicionalista. Y una memoria olvidadiza. Barcelona, en verano, está muy agradable. Grandes grupos de turistas recorren las rambas. En cambio, aquella Barcelona que hacía pensar en San Pauli o en Marsella, aquella Barcelona del "barrio chino", está muy muerta. Cierta golfería portuaria ha casi desaparecido. Los golfillos de ayer son ya viejos y la nueva generación es más seria y más aburrida.

Contesto a una entrevista que me hacen para no sé dónde. El joven reportero no toma notas. Antes, cuando no me hacían entrevistas, esto me hubiera podido llamar de

pequeños miedos. Ahora, no. Cada vez me importan menos los problemas de fidelidad. Le hablo bien de todo el mundo. Le digo que todo lo encuentro excelente. Es más cómodo. "¿Y Fulano de Tal?" Es demasiado... "¿Fulano?... ¿Fulano?... Pues parece un escritor de buenos sentimientos."

VIERNES DÍA 26

EN el último avión de la tarde regreso a Madrid. Del "Palace" a casa, Madrid me da la impresión de una ciudad deshabitada. ¿Para qué he venido? Muchos tienen la sospecha de haber llegado a las cosas demasiado tarde. A mí me ocurre lo contrario: que me parece haber llegado demasiado pronto a todo.

SABADO DÍA 27

PRIMERA tertulia nocturna en los jardines del Café Gijón. Ambiente revuelto con el cambio de Jurado para el premio de novelas cortas. Yo no me había enterado ni de que era del primer Jurado ni de que no soy del segundo. Aquí hacen las cosas y las deshacen así. Versiones: una de Fernando Baeza. Otra de Vicente Carredano. Otra de Pepe García Nieto. Cada uno, naturalmente, lo cuenta de un modo. Yo lo entiendo escasamente. En esto de los premios, cuando no trata de llevarse uno, se mantiene un criterio objetivo que da gusto. "Han cambiado el Jurado porque se dijo demasiado que se lo iban a dar a Fulano. ¿A quien hubiera votado usted?" Digo, concretamente, que a un amigo mío. La

teoría es menos inmoral de lo que parece. La amistad, cuando se trata de un escritor, ya supone una selección valorativa. No puede uno ser amigo de un imbécil. "¿Y entonces, como es usted amigo de?... "Ese tiene algunas de mis ideas, y es él quien es amigo mío."

DOMINGO DÍA 28

AL subir por la escalera de la casa de Alberto Díaz oigo un grito discreto, una especie de quejido diríamos que decoroso. Soy experto en toda clase de gritos. Podría escribir, perfectamente, una "gritología". Se trata, nada menos, que de un colmillo de Eugenio Montes. Aunque Eugenio no es criatura de colmillo retorcido, la extracción ha sido penosa. Después Alberto le saca otros dos dientes con mano maestra; sin dolor y sin anestesia. Montes se enjuaga con agua tibia. Esta ba pálido y sonriente. Me recordé la mascarilla de Voltaire.

LUNES DÍA 29

HACE calor y no hay nadie en Madrid. Decididamente, he vuelto demasiado pronto. ¿Y qué hacer entonces? La solución más sencilla es la de volver a Irse.



Plaza de Torremolinos

Pero también parece la más complicada. ¿A dónde ir? Ni en lo grande ni en lo pequeño se puede volver a lo que se acaba de dejar. Desandar lo andado es lastimoso.

Cuando estaba en estos pensamientos, alguien me hizo pensar en Torremolinos, en Málaga. Es una de las pocas geografías españolas que no conozco y que tanto me han prestigiado infinitas conversaciones. Cuando volví a España, después de una ausencia de varios años, Torremolinos estaba en mis planes y en mis planes secretos, con Ibiza, con Sitges y con la Costa Brava. Aún no sé por qué me decidí por Sitges, donde no conocía a nadie y en el que nunca había estado. Me presenté allí con baúles y maletas y me quedé en Sitges casi cuatro años.

Torremolinos sé que me va a gustar. Pero ya no creo que existan peligros después de haberme decidido por la Costa Brava. Malaga me iré a Malaga.

MARTES DÍA 30

SIN más traje que el puesto y un pequeño maletín. Son las nueve de la mañana. Dejo sobre la mesa de trabajo el block en blanco de cuanto pensaba haber

COMPRA DE ALHAJAS
ORO-PLATA-PAPELETAS MONTE
ALEGRE
ESPOZ y MINA, 3
ENTRESUELO

TENDENCIAS GENERALES DE LA MODA DE PARIS PARA LA TEMPORADA DE OTOÑO E INVIERNO

No hay una "línea única", sino tantas como casas de modas. La atmósfera de la presentación de las colecciones

PARIS. (Crónica de nuestro corresponsal.)—El 28 de agosto es la fecha en que la Cámara Sindical de la Alta Costura Parisiense levanta la prohibición que pesa sobre todos los periódicos del mundo: publicar fotografías de la nueva moda. El secreto de las colecciones de otoño e invierno, tan cuidadosamente guardado por los modistos de París, será divulgado a los cuatro vientos de la publicidad en la fecha prevista por su Sindicato, de modo que el mundo femenino, curioso por naturaleza, conocerá simultáneamente "lo que se llevará" la próxima

temporada en la capital de la moda y de la elegancia. Con toda franqueza yo he de confesar a mis lectoras—si es que tengo alguna—que me hago un lío en esta cuestión de "trapos". Yo no veo por ninguna parte esa "moda de París" de que tanto se habla. Creo que se necesita mucha imaginación y pocos escrúpulos para ser capaz de entremezclar las "líneas" y poder decir categóricamente: "La moda de París responde a estas características." Yo estoy convencido de que tal moda no existe más que en la mente sintética de sus intérpre-

tes. ¿Cómo es posible que exista "una sola moda" si cada modisto obra por su cuenta rodeando a sus creaciones del secreto más absoluto? No hay una "línea única", sino tantas "líneas" como casas de modas. Y por si esto fuera poco, hay casas que presentan dos y hasta tres líneas diferentes.

Durante una semana muy cargada, los creadores de la alta costura parisiense hicieron desfilar a sus modelos ante la Prensa del mundo entero, autorizada a tomar notas, pero no fotografías. A base de cuatro o cinco "presentaciones" por día, con sus correspondientes cócteles, desde las diez de la mañana hasta medianoche no hay invitado que no termine rendido o por lo menos algo mareado, y no precisamente por los vapores del champán, sino por el continuo desfile de modelos a través de unos salones en los que jamás cabe un afiler y cuya atmósfera resulta a menudo casi agobiante.

En este atmósfera, codo con codo y vaso en mano, se comenta y se discute el espectáculo de cada presentación. La indignación de algunos periodistas americanos, las declaraciones virulentas de ciertas estrellas bien dotadas por la naturaleza, como Marilyn Monroe, han provocado verdaderos remolinos en toda la superficie del Globo.

¿Por qué tanto ruido? Ya lo dije en otra ocasión. Se trata, en definitiva, de llamar la atención sobre la alta costura de París, de atraer, aguijoneados por la curiosidad que despierta siempre lo original, a los grandes compradores internacionales y particularmente a los americanos. De aquí toda esta campaña, más o menos orquestada por los inteligentes jefes de publicidad de las grandes casas de modas.

En las presentaciones de modas se pueden ver modelos para todos los gustos, de modo que cada mujer está segura de encontrar el traje más apropiado para su silueta. Los modistos han comprendido por fin las necesidades del tiempo en que vivimos y al lado de algunas fantasías, indispensables para mantener la sensación de novedad y extravagancia, presentan una moda cada vez más práctica, es decir, más sencilla y, al mismo tiempo, más confortable, sin dejar por eso de ser elegante.

Dejando a parte a Christian Dior, con sus golpes mágicos, la mayoría de los grandes costureros se han inspirado este año en sus respectivas "líneas" de moda de 1953. Han explotado las tendencias conocidas, de modo que no se auguran grandes revo-

luciones para la temporada de otoño e invierno próximos. Sólo Christian Dior ha querido transformar la silueta femenina. Su línea H se basa en la desaparición de las formas y, particularmente, del busto. Sus vestidos, trajes-chaqueta y abrigos han sido concebidos teniendo en cuenta las paralelas que forma la letra H, cuya transversal equivale a las caderas, que constituyen su punto de apoyo. Los hombros estrechos, el pecho muy alto y poco marcado, el talle en su sitio, tales son las características esenciales que dominan en los salones de la avenue Montaigne, en donde abundan los modelos de "dos piezas" con blusas largas y faldas cortas, tanto anchas como estrechas.

Jacques Fath nos presentó para este otoño e invierno cuatro tipos de mujeres, generalmente con el busto bien ajustado y un talle alargado. Pierre Balmain continúa con su línea tradicional "Jolie Madame de France", a base de una silueta recta, que este año se ha visto desprovista de todo adorno superfluo. Jacques Heim ha renovado su línea "Trompeta", y Balenciaga sigue sin modificar apenas la tendencia general de sus clásicas y suntuosas creaciones. Manguin nos ha dado a conocer la mujer gacela, delgada y ágil, con el busto elevado y bien perfilado, el talle alargado y las caderas ceñidas. Carven ha obtenido una silueta como un guante, con el pecho y las caderas moldeadas, en virtud de una secreta arquitectura que no todos los hombres son capaces de descifrar. Madeleine de Rauch ajusta el busto, y, en general, adapta sus creaciones a las formas de la mujer, sin acusarlas demasiado; Rafael continúa teniendo éxito con sus trajes-chaqueta de corte clásico, que constituyen su especialidad. Jean Dessès nos ofrece una línea dulcemente encorvada en forma de cáliz; Lanvin-Antonio del Castillo hincha las faldas, formando una especie de campana.

La longitud de las faldas apenas ha cambiado, al menos para los trajes de calle. En los trajes de noche hay para todos los gustos: largos y cortos, e incluso cortos por delante y largos por detrás. La longitud que más se impone en los trajes de noche es la que llega solamente hasta rozar apenas el tobillo. En cuanto a los colores, parece que el negro se lleva la palma, seguido de cerca por un buen surtido de tonalidades, en el que todas las mujeres pueden elegir su color preferido.

Angel ROSELLO



EL MODELO DE LA SEMANA



DISEÑO DE MARBEL EXCLUSIVA PARA

PUEBLO



BLUSA DE ARMIÑO Pierre Balmain, en París, y Rosina, en Madrid, han presentado este originalísimo modelo de blusa, confeccionado en armiño, para completar el conjunto de un sastrero negro. Cuello y puño de armiño asoman graciosamente sobre las solapas, y la bocamanga, a la hora de ponerse la chaqueta. La blusa favorece muchísimo, y seguramente será una prenda favorita de la mujer en el otoño e invierno próximos. (Foto Cifra.)

De mujer a mujer

por NURIA MARIA



Distinguida señora: Perdona por el atrevimiento que me tomo en escribirla, pero como veo por el periódico que es usted una señora muy amable y simpática, me he tomado la libertad, que espero sabrá perdonar.

Ahora le voy a contar mi pequeña historia sentimental. Salgo con un chico hace exactamente hoy un mes y diez días, a mí me gusta mucho y parece que yo a él también. Salimos todos los días, menos los viernes, porque dice que tiene mucho que hacer. Yo creo que no miente, pero siempre me dice que me llamará por la tarde un poquito, y yo estoy esperando toda la tarde y no me llama; esto lo ha hecho tres veces, y luego viene el sábado siguiente, y nada, tan simpático como siempre, y cuando le pregunto por qué no me ha llamado me dice siempre que porque no ha podido, y yo lo creo o no, según la cara que pone. A mí me gusta mucho y sé que tratándole más tiempo le

llegaría a querer, y mucho, porque es muy simpático y cariñoso, pero no me gusta nada que sea tan informal. ¿No le parece un gran defecto la informalidad?

Agradecería me contestara diciéndome qué piensa de todo lo que le expongo. Reciba un saludo afectuoso de

Cuqui RIVERO

CONTESTACION

La informalidad es un defecto muy poco favorable y comprendo que aun y gustándole el muchacho, la desanime un poco ese aspecto de su carácter.

Mientras novio suyo no sea y continúen en plan de amigos, aunque, naturalmente, en esta amistad haya el mutuo convencimiento de que se gustan, no puede usted mostrarse exigente. Ahora bien, si él le pide relaciones cambiará la cosa y usted estará en su derecho al pedirle seriedad. Entonces sí que ha de imponerle como condición cumplir cualquier palabra que dé y pedirle que si no es capaz de ello se lo advierta, a fin de no empezar un noviazgo, cuyo término ya se presente.

El que no la llame los viernes, pese a la promesa de hacerlo, puede deberse a que algo celosillo trata de retenerla en casa en espera de su llamada... Los hombres suelen recurrir a

tales trucos. Pero esto es una suposición y conviene para su tranquilidad que usted sepa de cierto la razón, y, si no es posible, tener la corroboración por sus otros actos, de que merece que confíe en él.

CONTESTACION A UNA "BREVILLANTINA"

Muy mal hiciste, y disculpa que a tanta amabilidad como viene en tu carta, para PUEBLO y para mí, conteste con una sinceridad que a lo mejor te disgusta. Por niña y por mujer no debiste escribir tal carta, que si empezar con amores a tu edad es grave error, olvidarse que la mujer debe limitarse a ser espectadora aun en el terreno amoroso, lo es mucho peor.

Olvídate de ese chico y del primero que te escribió, y aprende con tal lección que los hombres son como los globos, se hinchan y suben arrollados fácilmente, pero más fácilmente aún se deshinchon y caen todo su apasionamiento.

No vuelvas a hacer caso al primero que se te acerque con cuatro palabras halagadoras y guarda el papel de novia para cuando tengas edad para ello y no sea una ridiculez creerte una mujer.

Considérame una buena amiga tuya.

CONTESTACION A ADORACION SANCHEZ

Si de veras quiere que le crezca el pelo, déjese por una temporada de permanentes y córtelo muy cortito, manteniéndose su melena así unos cuantos meses. Al fin, en la actualidad está muy en boga el pelo muy corto.

No acaban aquí las medidas que debe tomar. Una limpieza exagerada es primordial, limpieza que no depende sólo del lavado, sino del uso frecuente del cepillo y de los masajes.

El lavado de la cabeza puede ser tan frecuente como se desee, siempre y cuando se seque el cabello bien y con rapidez, desde el cuero cabelludo hasta la extremidad del mismo. Nada menos saludable para el pelo que una humedad persistente. Lavárselo cada doce o quince días es lo aconsejable. Un buen jabón líquido, un aclarado abundantísimo, un chorrito de vinagre o zumo de limón en la última agua (casi fría) del enjuague, son los elementos indispensables para obtener una cabellera intachable.

El cepillado, que ha de ser diario, no consistirá en un par de toquecitos, igualito que si se estuviera empleando el peine, sino en pasar el cepillo en todas direcciones, ora hacia adelante, ora hacia atrás y sin aplastarlo contra la cabeza, si-

no dejándolo como si flotara. Una postura indicada es la de echarse boca abajo en la cama en sentido transversal, de manera que la cabeza quede fuera. Ello permite echar el pelo hacia adelante, sin cansancio ninguno, mientras durante cinco o seis minutos se cepilla en esta dirección y hacia los lados. Después se da la vuelta quedando en postura supina. Los masajes se los hará usted misma con los dedos y aprovechando las mismas posturas empleadas para el cepillado.

En cuanto a ese otro defecto tan poco estético que figura en su labio superior, indudablemente cuanto más se toca más aumenta, si el remedio que se emplea no es definitivo. Por eso mi consejo es que lo combata por el procedimiento que lo hace desaparecer para siempre.

CONTESTACION A CONCHITA

El dinero no es ningún obstáculo cuando el corazón está interesado de veras, y si ese joven estuviera enamorado de usted, puede creer que para él no contaría la diferencia de sus

respectivas posiciones económicas.

Tampoco cuenta, al menos en el grado que muchos piensan, la belleza física. Dicen que el amor es ciego, pero en realidad tiene el amor una clarividencia especial que le permite ver más allá, que el aspecto exterior o material.

Nada puedo decirle sobre si ese joven está o no interesado por usted. Su conducta por ahora es sencillamente la de un hombre educado y amable. Hay que dejar que el tiempo pronuncie la palabra definitiva y a usted, mientras, no le corresponde otra cosa que mostrarse ante él como una chiquita muy formal, buena y simpática, con la que es posible tener una conversación interesante porque, por lo menos, sabe escuchar. ¡Ah! Por favor. Si quiere más garantías de éxito disimule los sentimientos que cree le inspira el muchacho.

Dirigida vuestras consultas a Nuria Maria. Apartado de Correos 12.141. Madrid.

Mam'Zelle Guillotine

Por La Baronesa Orcay



RESUMEN DE LO PUBLICADO.

La novela se inicia con una descripción de los días y ambientes de los albores de la Revolución francesa en 1789. Entre los liberados de la prisión de la Bastilla figura una mujer llamada Gabriela Damiens, poseedora de documentos y secretos comprometidos para una familia aristocrática que consiguió reducir a prisión a esta mujer cuando tenía diecinueve años. Al ser liberada contaba dieciséis años más. Ya en plena revolución, Gabriela se distingue por su ferocidad, y deseando la muerte para la esposa e hijas de un odiado enemigo, entabla relaciones con personajes dispuestos a llevar carne a la guillotina y perseguir al fabuloso Pimpinela Escarlata, que tanto ayudaba a las víctimas de aquellos tiempos sangrientos, y que se dedica a frustrar los planes siniestros de Gabriela—apodada Mam'Zelle Guillotine—, burlando repetidamente a aquella y a sus secuaces.

CONTINUACION (16)

—No hay pero que valga—atajó Gabriela con brusquedad—, Chauvelin ya ha tratado, usando toda clase de argumentos, de convencerme de que la captura de su espía inglés reviste mayor importancia a ojos del Gobierno que el hecho de ajusticiar a aristócratas y traidores. Eso es muy posible y hasta os concederé que tiene razón; pero he de añadir que lleva tanto tiempo equivocándose y disparatando, que ya no puedo fiar más en su tan cacareada competencia. Está muy bien que se detenga a ese Pimpinela Escarlata; pero lo que yo no permitiré, bajo ningún concepto, es que se me escamoteen las mujeres de Saint-Lucque. ¡Son mías, os lo advierto de antemano! Y si vosotros, como dos idiotas—continuó con su denuesto y riendo sarcásticamente—, intentáis atravesaros en mi camino, os aseguro que pronto no os harán falta estas corbatas con que venís aquí a presumir.

Tan resulta y feroz aparecía, que las manos de ambos hombres se elevaron instintivamente hacia sus dos amenazados pescuezos. Las mejillas del comisario-jefe Lescar habíanse tornado amarillentas, casi verdosas, mientras con ojos furtivos y aterrorizados contemplaba a la enfurecida arpa. Pero el agente venido desde París no se doblegó con tanta facilidad y, acercando su silla a la de Gabriela, exclamó mientras echaba, con gesto amoroso, su brazo en torno a las espaldas de su compañera:

—¡Sobradamente sabes, pichoncito, que puedes hacer de tu Andrés lo que te pase por la pabeza!

Mas sus insinuaciones no consiguieron amansar a la fiera, que, desahuciándose de él, replicó friamente:

—Mi buen Andrés, efectivamente, hará bien en atenerse a mis órdenes. De no hacerlo...

—No vayamos ahora a pelearnos—continuó Renaud, a dúo—, ¡Vamos, vamos! Dame un beso. Eres mi reina, ya lo sabes: el único amor de mi vida: mi diosa adorada.

Y, al volverse hacia él, prorumpió Renaud en una de sus estrepitosas risotadas que la experiencia le había demostrado ser tan sumamente del agrado de la trascible ciudadana Damiens.

—¿Acaso pensó realmente mi pichoncito—preguntó, sin dejar de reír—que su Andrés era capaz de contrariarla en lo más mínimo?

Volvieron, pues, a firmarse las paces entre esos dos tórtolos. ¿Qué podía hacer el desdichado comisario sino doblegarse a cualquier pretensión de Mam'Zelle Guillotine? Era, en todo caso, la postura menos arriesgada, pues Gabriela Damiens había probado sabía salirse siempre con la suya, imponiendo su voluntad. Por consiguiente, aguardó con paciencia mientras los enamorados se abandonaban a un galanteo, rudo como ellos mismos, golpeándose, tirándose de las orejas, pellizcándose las mejillas, entre risas y amorosos trompicones, hasta que, finalmente, osó interrumpir esos devaneos, preguntando:

—Así, pues, ¿qué piensas hacer, ciudadana Damiens?

Gabriela se desprendió de los

brazos de su ardoroso pretendiente, y vuelta de nuevo hacia el comisario-jefe, inquirió:

—¿Cuál es actualmente el estado del asunto?

—Las mujeres fueron detenidas anoche, como sabes, ciudadana...

—¿Cómo no he de saberlo!—interrumpió, malhumorada—, No es eso lo que pregunto. ¿Dónde están ahora?

—Las tengo metidas en el calabozo—repuso el comisario.

Gabriela permaneció callada unos instantes. Un surco profundo apareció entre sus cejas, dando a la cara una expresión sinistra. Concentrabanse todos sus pensamientos en el único anhelo que sentía su amargado corazón: el de ver morir a Eva de Saint-Lucque y sus dos hijas.

ella en el interior de la diligencia. No creo que resulten para esa mujer unos compañeros de viaje excesivamente agradables—añadió con sorna—. Empezaremos a actuar en cuanto amanezca. Yo misma conduciré el vehículo y me detendré en lo alto del montículo cubierto de bosques, donde confío entrar en contacto con los espías ingleses. Allí comeremos y beberemos, simulando luego que vamos a dormir un rato—y continuó—: Aunque no abrigo la menor intención de amoldarme a lo que disponga el ciudadano Chauvelin, le considero, sin embargo, hombre astuto, aunque no le haya acompañado últimamente la suerte. El está convencido, y en ese criterio abundo también yo misma, de que ese Pimpinela

agradablemente sonaban en los oídos de la furia. Pero el comisario-jefe sólo se limitó a sonreír levemente, mientras preguntaba:

—Así, pues, ciudadana, ¿estás decidida a asumir toda la responsabilidad por una flagrante desobediencia a las órdenes recibidas?

—¿Qué órdenes?—replicó Gabriela, encogiéndose de hombros.

—Que las detenidas han de permanecer aquí encerradas hasta después de la captura de los espías ingleses.

—¡Bah!—replicó Gabriela, despectivamente.

Y luego, hablando con lentitud, como si quisiera pesar cada una de sus palabras, que iba apuntando sucesivamente con su

misario palideció, atragantándose visiblemente, mientras André Renaud, riendo a carcajadas y dando al desdichado agente de la autoridad republicana unas vigorosas palmadas en la espalda, le aconsejaba:

—De nada sirven las corbatas, ciudadano comisario-jefe, cuando tratamos de oponernos a los caprichos de esta tortolita.

—¿Cuál es el papel asignado a tu pequeño Andrés en toda esa comedia?—preguntó, adoptando una actitud de tímido azoramiento.

Y volviéndose hacia Gabriela, le echó un brazo al cuello, intentando apretujarla contra su propio pecho.

Gabriela libróse con una brusca sacudida de los brazos de su admirador.

—Tú, Andrés—decretó, tajante, tras unos instantes en que pareció coordinar sus pensamientos—, te ocuparás del carro en el que serán introducidas las dos mocosas, durante la noche, sin que nadie se entere. Y también la mujer será llevada a la diligencia con idénticas precauciones, evitando miradas indiscretas, y entregada a sus guardianes. Las rapazas estarán atadas sólidamente para que no se escapen. Será de la incumbencia del ciudadano comisario-jefe cuidar de que todo ello sea llevado a cabo con acierto, y que la diligencia esté aquí, ante la puerta trasera, conteniendo ya a los seis guardianes y su prisionera, en plena noche y sin el menor ruido. Todo ha de hacerse según mis órdenes—decretó Gabriela, con una imperiosa mirada al desdichado Lescar, definitivamente reducido al más absoluto silencio, perlada de sudor, su frente y completamente aturrido.

Luego, tras unos instantes, volvióse de nuevo hacia Renaud:

—Pienso salir temprano, por poco que el tiempo lo permita, llevándome la escolta que precise. ¿Cuántos hombres ha prometido poner a tu disposición el ciudadano capitán?

—Dos docenas—replicó el preguntado.

—¿Incluidos los seis seleccionados?

—Sí.

—En ese caso me quedaré doce soldados y puedes llevarte los restantes. Como ya dije antes, yo misma conduciré la diligencia, dentro de la que estarán dispuestos a repeler también cualquier ataque aquellos seis soldados. En cuanto nos hayamos adueñado de los espías ingleses, los ataremos y, como sacos de patatas, los echaremos dentro del coche, amordazados. Luego, a toda velocidad, nos dirigiremos hacia Grécourt, donde te esperaré.

—¿A mí?

—Saldrás media hora después que yo, guiando personalmente el carro con las crías de Saint-Lucque, por Parry y Labat, y te detendrás en Grécourt, donde me aguardarás hasta que yo llegue de no estar ya allí. En todo caso será en Grécourt donde nos juntaremos, para luego emprender, ya todo resuelto, la ruta de París. En la diligencia los espías ingleses y en el carro las tres mujeres de Saint-Lucque, escoltadas por una docena de hombres. Ni el propio Satanás será capaz de impedir que galopemos como el viento hacia la capital, hacia la guillotina que pronto daremos a probar a esa chusma que blasona de tener una sangre de color distinto a la nuestra. ¡Idiotas! ¡A mí con esos cuentos!

Y luego a recibir las felicitaciones de la nación y un nombramiento para algún cargo importante, sin hablar de la recompensa de los diez mil francos de la que tú y yo, amigo Lescar, cobraremos la mejor tajada—terminó riendo, con una palmada tan vigorosa aplicada en la espalda del comisario que hizo tambalear al pobre hombre.

Renaud contemplaba con arrobo a "su pichoncito", intentando nuevamente atraerla; pero viendo rechazados rudamente sus amorosos requerimientos, se limitó a exclamar: —¡Es maravilloso! ¿Verdad? —¡Deja de comportarte como un niño bobo!—increpóle malhumorada; y vuelta luego hacia Lescar, añadió: —¿Está bien entendido? ¿Obedecerás mis órdenes? ¿Quiero saberlo? El ciudadano comisario-jefe trataba, aunque inútilmente, de recobrar la dignidad de su car-

go. Resultaba, en efecto, algo difícil de lograrlo en aquellas circunstancias. Había sido dominado por aquella arpa, que supo hacerle sentir el momento de más abyecto terror de toda su existencia, a él, todo un ciudadano, comisario-jefe del distrito, en cuya mano estaba, realmente, el ordenar arrestarla por desacato a la autoridad, desprecio manifestado de viva voz contra el supremo organismo estatal, el Comité de Seguridad Pública de París y abierta rebeldía contra las órdenes expresas del mismo. Pero le faltó el valor necesario para hacerlo. Sentíase humillado y vil, y no dejaba de ver claramente su propia debilidad, tildándose de cobarde; mas eso temer que en aquellos días latía en el subconsciente de todo ciudadano de la República, el miedo, el terror a la guillotina, al Comité de Salud Pública y no menos a la misma Gabriela Damiens, le tenían dominado por completo, sin que el pobre Lescar pudiera precisar exactamente cuál de las tres perspectivas era la que más horror le infundía.

Finalmente, asumiendo un pomposo aire de dignidad, optó por contestar:

—Desde el momento en que tú deseas encargarte de este asunto, todo se cumplirá de acuerdo con tus disposiciones.

Gabriela lanzó un hondo suspiro de satisfacción.

—Pareceme, ciudadano comisario, que tu decisión es sensata—dijo secamente—. Una sonrisa irónica dibujóse en sus carnosos labios. Habíase salido con la suya. Sobradamente sabía lo que hizo doblegarse a su voluntad a ese hombre; mas, como todas las mujeres dominantes, despreciaba al mismo tiempo a los que ante ella cedían amoldándose a su genio.

Mientras se desarrollaba en el interior de la comitiva esta breve pugna, en la calle iba aumentando un tumulto, leve al comienzo, pero cada vez más intenso. Se había congregado en uno de los ángulos del mercado cierto número de concurrentes que parecían contrariados por determinado motivo, agitando a cada instante más y más. Eran, en aquellos tiempos turbios, muy corrientes esos movimientos de opinión o de grupos de ciudadanos, más o menos enardecidos, que en muchas ocasiones solían formarse sin causa aparente ni especial objetivo. Las mujeres eran las que acostumbraban a empezar a gruñir, por una u otra causa, y justificaban entonces su eterno descontento, ya sea sobre el precio de la harina, la escasez de la leche o por cualquier motivo achacado a la desidia del Gobierno central, instalado en París. Los hombres acudían luego y tomaban parte en la discusión, que entre refunfuños y amenazas, agriábase rápidamente, quedando ahogadas por las maldiciones y gritos masculinos las estridentes voces de sus airadas mujeres.

—¡El Gobierno, valiente pandilla! ¿Qué hacen sino hablar y hablar, prometiéndolo que luego no cumplen? ¡Promesas, siempre promesas! ¡La captura de los espías ingleses, el castigo de todos los aristócratas! ¡La ejecución de los que oprimían al pueblo! ¿Y qué ha resultado de tanta palabrería? ¡Nada, nada en absoluto. ¡Todo se fué en agua de borrajas! La harina, la manteca de cerdo, más caras que nunca; la leche, casi inasequible. ¡Y en cuanto a los espías ingleses siguen haciendo de las suyas alegremente, dejando en ridículo a la provincia entera! ¿Qué sucede con esas aristócratas que Mam'Zelle Guillotine había jurado ejecutar personalmente? ¡Promesas vanas, como siempre! ¡Maldita sea! ¿Por qué no se hace nada en regla?

—¿Dónde están las aristócratas?—había chillado, dando la alarma, una voz femenina.

Varios hombres vociferaron casi a la vez:

—No se habrán a poderado nuevamente de ellas los espías ingleses?

Una carcajada general acogió tan descabellada sugerencia. El ciudadano Lescar, cuyos nervios

(Continuará.)

(Publicada con autorización de la Editorial barcelonesa Luis de Carat.)



Era preciso que ese escurrizado Pimpinela Escarlata fracasara si intentaba interponerse entre ella y sus víctimas propiciatorias. Sólo para eso vivía en aquellos días: para ver caer aquellas tres cabezas bajo la cuchilla de la guillotina, de su guillotina, manejada por sus propias manos; oír cómo de aquellas gargantas salía su último estertor; ver luego chorrear a raudales esa sangre odiada; contemplar, una por una, caídas en la esta macabra, cortadas ya del tronco al que pertenecieron, aquellas facciones, aquellos labios que antaño rieron, mientras ella, burlada, se pudría en una mazmorra.

Los dos hombres esperaron pacientemente a que volviera a hablar.

—El miércoles llegó la diligencia procedente de Rocroi, adonde no regresará hasta el lunes. Que venga a situarse ante la puerta trasera de esta casa. Quiero que se encierre en su interior a la De Saint-Lucque, sólo a ella, no a sus rapazas. ¿Comprendes bien?, para ser mañana conducida a París, escoltada por media docena de hombres bien armados, que además irán con

Escarlata, dispuesto siempre a entremeterse, hará cuanto en su mano esté para arrancarnos de entre las nuestras a la mujer de Saint-Lucque y sus hijas. Lo que no sabe es que lo estaré esperando, bien preparada la trampa. En cuanto hayan caído en ella, y una vez en nuestro poder toda esa chusma inglesa, la dejaremos que haga compañía a la que pretendían rescatar, bien vigilados todos en el interior del vehículo, que yo misma conduciré hasta París, como terneras al matadero. Los guardias, que hasta aquel momento habrán permanecido en el interior de la diligencia, regresarán a Mézières; donde esperarán ulteriores instrucciones. Y, eso sí que puedo asegurarlo, no habrá superhombre, espíritu del mal ni intrépido espía capaz de arrancar las riendas de estas manos.

Extendió sus manos grandes, descuidadas, habituadas a manejar, en sus últimos instantes, a tantos y tantos aristócratas—hombres, mujeres o niños—, Renaud apoderóse de una de ellas y la besó.

Prorumpió en una de sus brutales carcajadas, que tan

índice contra la mesa, añadió, enfática:

—¿Acaso no me has entendido, ciudadano comisario, cuando he afirmado, y ahora lo repito, que mi voluntad es llevarme mañana a la mujer de Saint-Lucque a París en la diligencia, junto con media docena de soldados armados hasta los dientes? Pareceme, sin embargo, que me he expresado con suficiente claridad.

—Así es, pichoncito mío—interrumpió Renaud, con una dulce sonrisa.

El comisario intentó una última protesta, sumamente débil esta vez.

—Las órdenes estipulan, sin la menor duda, que no deberá haber dentro de la diligencia ninguna prisionera, sino tan sólo media docena de hombres seleccionados y bien armados y...

Gabriela le miró de hito en hito, friamente, durante unos instantes, antes de contestar, con una sorna difícil de superar:

—¡La corbata que lucas no te favorece nada, ciudadano Lescar! ¿Acaso estás ya cansado de llevarla?

La amenaza era obvia. El co-

PASATIEMPOS

para usted

GRAN CRUCIGRAMA SILABICO

NUMERO 8

a b c d e f g h i j k l m n ñ

ESO NO SE TOCA

(CUENTO BASTANTE TRISTE)

Las señoras gordas decían lo de siempre:
 —¿Qué vida ésta!
 —No somos nada!
 —¿Con lo bueno que era!

Luego, hacían como que se quitaban una lágrima y le daban un tiento al anisete que los deudos habían colocado sobre la mesa para que sirviera de reconfortante.

La gente se iba reuniendo en el comedor: además de las señoras gordas, estaban ya allí esos hombres con cara de portadores de féretros que nunca faltan en los entierros, y una porción de parientes lo suficientemente desconsolados para tener derecho a figurar en la esquela mortuoria. El muerto, después de haber presenciado sin enterarse ese desfile que se asuma a su caja con un poco de susto y un poco de satisfacción, yacía olvidado en el ángulo oscuro que para estos casos tienen todos los hogares. La viuda, atendida como un matador de toros después de una buena faena, gimoteaba entre un coro de pianíderas entrenadísimas. Los niños...

Los niños, aquellos crios con cara de bestias que habían llegado del pueblo, escapados de la tutela a la que por unos momentos habían logrado sujetarlos sus padres, no aparecían por ningún sitio. El señor que sabe siempre lo que hay que decir, tranquilizó a los preocupados:

—Estarán en la cocina... Yo les dejé en ella; no es conveniente que presencien ciertos espectáculos.

Y todo el mundo, aliviado, había atacado al anisete. Un aficionado a la retórica estaba disertando acerca de las salutíferas virtudes de los licores si son tomados con prudencia, cuando alguien avisó que había llegado la hora de cerrar el féretro y bajarlo a la calle. Los hombres con cara de portadores de difuntos se sacudieron la ceniza de sus chaquetas y se dirigieron hacia la sala en que descansaban los restos de don Vicente. Tras ellos, los demás se dispusieron a hacer las cosas de costumbre. De pronto, un grito quebró la paz de la morada:

—¡Demonios! ¿Dónde está el muerto?

Hubo un revuelo de trajes y unos cajas, cajas de ansiedad. Mientras la gente se apelotonaba ante la puerta de la cámara mortuoria, ¡En efecto! Don Vicente no estaba en su caja.

El señor que sabía siempre lo que debía decir, recomendó orden y dispuso lo pertinente:

—Unos por ahí... Nosotros por este lado... ¡Vigilen los batones! Debe ser alguna venganza ruin...

—¿Y la corneta?

—Sí, la corneta, sí.

El niño sacó una de un bolsillo y sopló en ella con entusiasmo. Los hombres que bajaban el féretro por las escaleras tuvieron la impresión de estar llevando sobre sus hombros a un héroe. Creo que la viuda no se enteró de nada; menos mal, porque hubiera pasado un mal rato.

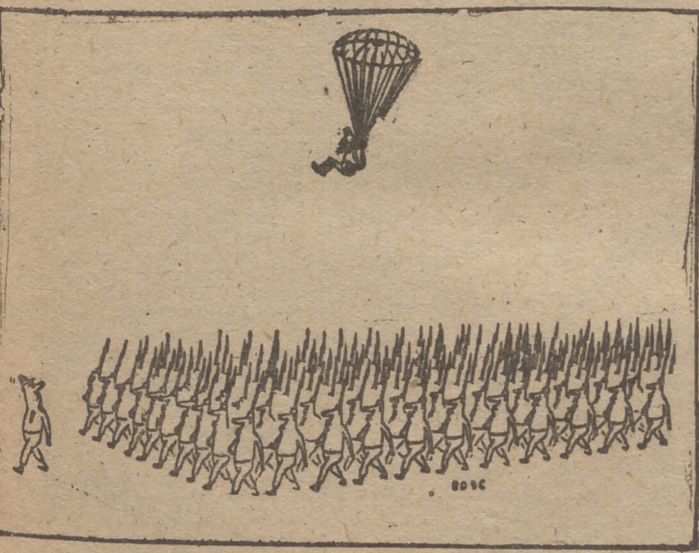
AZCONA



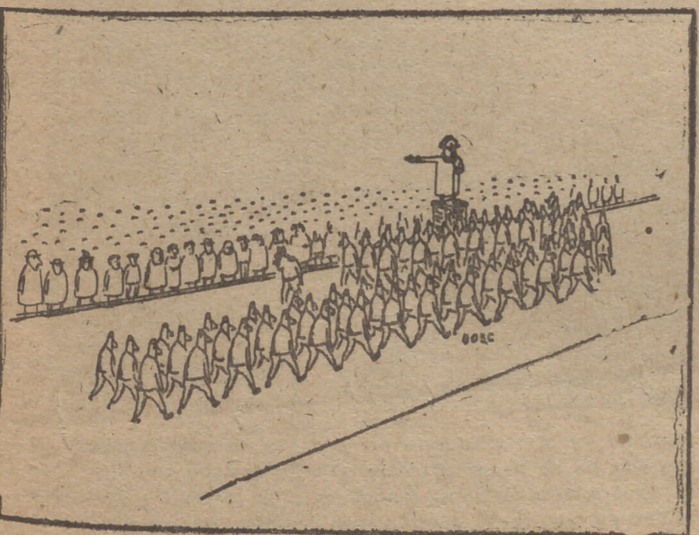
SIN PALABRAS



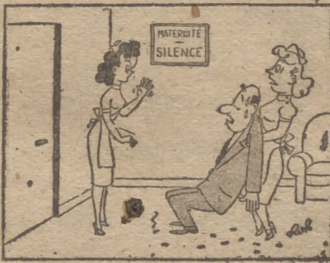
Sin palabras



Sin palabras



Sin palabras



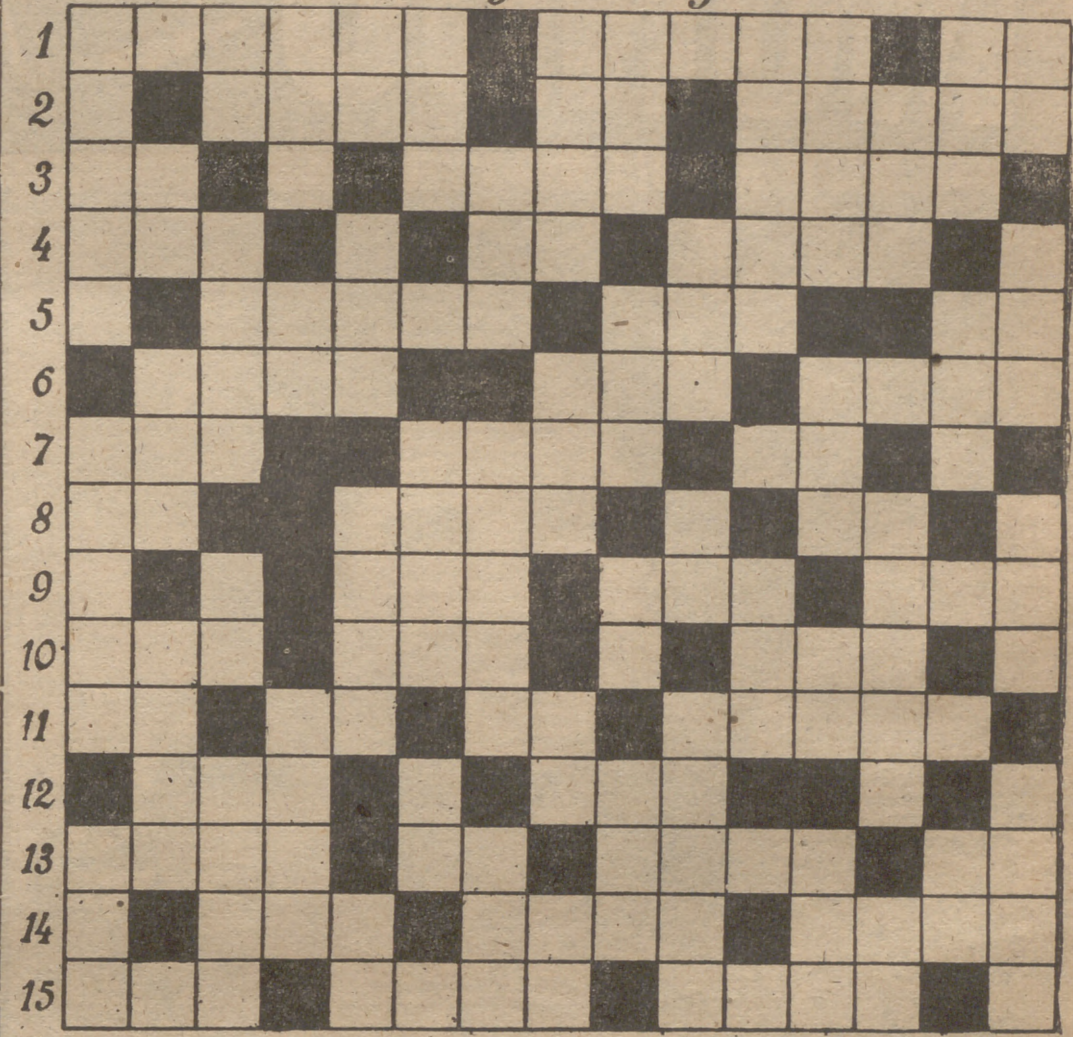
—Quería sólo decirle que aún faltan unos cinco minutos.



—¡Esto es un fastidio! ¡Eso de no poder dormir a pierna suelta!...



Sin palabras

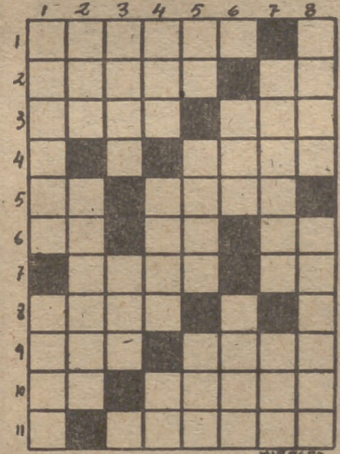


HORIZONTALES.—1: Instigaba a la desobediencia al mando. Figuradamente, persona extremadamente baja y endeble. Voz emitida con mucha fuerza.—2: Lo hace el buey. Arroja la hebra en ovillo o carrete. Gallardía, gentileza. Natural de cierta villa de Huesca.—3: Ciudad francesa. Todo fluido aeriforme a la presión y temperatura ordinarias. Calidad de pisaverde y currutaco. Capa subcutánea formada por un tejido (femenino).—4: Soldado destinado a trabajar con cierto instrumento. Preposición. Háblala. Presentara discordia o contienda. Reflexivo.—5: Nota. Perteneciente a la historia de los dioses y los héroes fabulosos de la antigüedad. Personaje bíblico. Costado.—6: Político español del pasado siglo. Echan los animales pelo o pluma. Obligaciones contraídas.—7: Hombres de grande estatura y de muchas fuerzas. Eter empleado como analgésico. Ejecuté, llevé a efecto. Negación castiza.—8: Adjetivo que sirve para expresar distribución. Dignidad del más antiguo de una corporación, comunidad, etc. Fantasma imaginario con que se asusta a los niños. Cierta golpe dado en la cabeza. Partícula prepositiva.—9: Silaba. Niega. Perteneciente a la poesía. Río de Italia. Deuda no pagada.—10: Perteneciente o relativo a la enseñanza. Alumno de una Academia Militar. Interjección. Lugar en que abundan arbustos y matas de cuyas cepas se hace carbón. Silaba.—11: Dícese de la mujer que carece de gracia y viveza. Cierta coche de caballos. Pruebo. Que sirve para dar a entender o significar una cosa con indicio y señales.—12: Calidad de expedito e ingenioso. Río italiano. Modo particular de hablar que se suele apartar algo de las reglas de la gramática. Silaba. Entregues.—13: El que empuja de cierta máquina destinada a enfundir los paños. Mueble parecido al arca. Batidero. Hembra del toro.—14: Ciento uno. Názeala o sálgala nuevo vástago a la planta. Lo contrario de afirmación. Comerciante al por menor.—15: Lleno de cierto barro. Figuradamente, cosa más agradable que útil. Mujer del Dux. Reflexivo.

VERTICALES.—a: No atacable por ciertas enfermedades. Gallardo, gracioso, alegre. Bacteria de forma cilíndrica.—b: Poseído. Especie de pala. Cierta palo o bastón que suelen usar los pastores (femenino). Persona a cuyo favor se impone un censo. Nota.—c: Canto u orilla de alguna cosa. Aficionados con exceso al sueño. Golpe, bofetada. Oscuro, cubierto de tinieblas.—d: Te desvías del asunto de que se trata. Coger con la mano una cosa. Ciudad de Las Palmas.—e: Familiarmente, abuela. Figuradamente, infame, envilezca. Fino, atento, cortés. Gran masa permanente de agua depositada en hondonadas del terreno.—f: Paja larga de los cereales después de quitarle el grano. Silaba. Lombriz intestinal. Escaso, corto en cantidad y calidad. Articulación.—g: Moderado, escaso. Galería o museo de pinturas. Locura, delirio furioso.—h: Atársela. Práctico en una ciencia o arte. Recibo o acepto algo. Apetito, hambre.—i: Nombre femenino. Griega. Dirección o derrotero para un viaje. Expuse, en contra de otros, mi punto de vista sobre un asunto.—j: Silaba. Ponen las abejas y otros insectos la cresa. Individuo de raza negra indígena de Fernando Poo. Infundado.—k: Persona que anda a ciegas por ceguera u ofuscación. Silaba. Otorugú. Preposición. Silaba.—l: Diminutivo de cierto período de tiempo. Mezcla entre sí cosas diversas. Quebranta la ley de Dios. Me apoderaré de lo que no es mío.—m: Dícese de lo que es gustoso o sabroso. Provecho. Que alaba con exageración una cosa. Pasa rozando ligeramente un cuerpo con otro.—n: Háblala en voz más alta de lo acostumbrado. Estampa. Prefijo que implica duplicación. Silaba. Poeta.—ñ: Inflexión de la voz. Parecidos a la seda. Averigua, inquiere una cosa. Habló y obró con desvergüenza e insolencia.

CRUCIGRAMA

NUMERO 1.090



HORIZONTALES.—1: Sobrenombre de Cibeles.—2: Célebre adverbio de Troya. Nombre de letra.—3: Proyectil. Gracia, donaire.—4: Sentido.—5: Consonante repetida. Cosa hecha por un agente.—6: Desinencia verbal. Símbolo químico. Símbolo del sodio.—7: Sobrenombre de Marte y de Hércules. Moneda romana.—8: Ligero.—9: Licor. Río que separa Manchuria de Corea.—10: Preposición. Al revés, nombre de varón.—11: Levita de abrigo, larga y holgada.

VERTICALES.—1: Planta gramínea, parecida al trigo. Medida de superficie.—2: Rey de Israel. Soldado que hace el servicio a pie y a caballo.—3: Fausto, simple. Río europeo.—4: Pueblo de Huesca. Ciudad de Rusia. Siglas comerciales.—5: Adverbio. Proyectil. Al revés, composición poética francesa.—6: Tratamiento inglés. Pasa la lengua.—7: Piel curtida de res lanar. Departamento francés.—8: Hebras de lana o seda. Sazg.

Jeroglífico



Seña

Solución al jeroglífico anterior: Boto donde esté.

SOLUCION AL CRUCIGRAMA

NUMERO 1.089

HORIZONTALES.—1: Madrid.—2: Aviar. Pa.—3: Reja. Ter.—4: Rita.—5: oM. Roca.—6: So. As. Cl.—7: Nata. Au.—8: Fela.—9: Ada. Sabe.—10: SA. Marat.—11: Romana.

VERTICALES.—1: Marcos. Pase.—2: Ave. Moneda.—3: Dije. Ala.—4: raA. Rata. Mo.—5: Ir. Rosa. Sam.—6: Tic. Tara.—7: Petaca. Ban.—8: Sara. Luneta.

El número del teléfono de PUEBLO: 25 61 32

Solución al gran crucigrama silábico

NUMERO 7

HORIZONTALES.—1: Zamborotudo. Repuisivo. Cabaleta.—2: Bética. Miloca. Gira. SA. Nara.—3: Bella. Manique. Lógicamente. To.—4: Enmascaro. Pisano. Témaselo.—5: Socaire. Na. Mulla. Sonara. Regí.—6: Baroda. Coribante. Vr. Mónaco.—7: Ja. Batiburrillo. Vejo. le. Ta.—8: Negóse. Fija. Babero. Veré. Lo.—9: Ro. Laido. Catlinaria. Gamuza.—10: Pa. Po. Petimetre. Zangolotino.—11: Antropométrica. Co. Zo. La.—12: Timo. Tronado. Palomares. Barajá.—13: Gue. Que. Penosa. Pe. Tetera.—14: Dameria. Modulara. Petarale. Ne.—15: Descomedido. Damasquinado. Roperó.

VERTICALES.—a: Zambébe. Sobajanero. Antigüedad.—b: Botilla. Cáiro. Co. Patrono. Meco.—c: Roca. Enredábasela. Pó. Queriamé.—d: Tó. Mamas. Tl. Tipómetro. Di.—e: Dominicana. Buñido. Trina. Hodo.—f: Loquero. Corrija. Pecado. Du.—g: Recate. Murillo. Cart. Pelada.—h: Pul. Pillaban. Batime. Panoramas.—i: Sixtílosa. Te. Bellitré. Losa. Qui.—j: Voraginoso. Verona. Coma. Pena.—k: Ca. Navajo. Riazan. Respetado.—l: Casamentera. Leve. Gozo. Ria.—m: Ba. Tema. Mo. Regalo. ratológico. Lozano. Jaranero.

MUNDO Ligero



"ALAS DE PAJARO" Las joyas que esta señorita luce en forma de pendientes, collar y pulsera han sido regaladas a esta señorita por orfebres indios. Se llaman las joyas "alas de pájaro"; quien las luce, Marjl Nylund, de diecinueve años, elegida "Miss Arizona" recientemente. (Foto Ortiz.)



"SEÑOR PELICANO" Resulta difícil conseguir que los pelicanos se adapten a clima distinto del que normalmente les es habitual en su país originario, la India. En el Zoo de Londres se ha montado una instalación especial para que el "señor pelicano" no eche de menos su tierra. Y no parece que le vaya mal. (Foto Cifra.)

USTED, querida amiga, tiene un presupuesto para sus gastos mensuales que alguna vez se estudiará con ternura por los que, andando el tiempo, pretendan averiguar cómo fue nuestra época: Como las cartas de aquella buena señora, con corresponsal provinciano; como las otras de aquella otra —suspiro ante Goethe y huida ante Napoleón— que guardaba en su diario un caliente resplandor de chimenea en la posada austriaca, su caligrafía con columna de gastos pondrá ante los ojos de los que escudriñen el pasado la intimidad de una época en la que las dueñas de casa precisaban ser contables. Los treinta días de su sueldo —o del sueldo de su marido, mi querida amiga— les dirán más de cómo somos, que todos los tratados de historia que entonces se escriban, porque la historia es, y siempre será, la ciencia de equivocarse en nombre de la verdad.

En cambio, su pequeña historia no admite equivocaciones: tanto para la casa, tanto para la comida, tanto para los vestidos, tanto para las flores... Se comprenderá entonces que usted amaba su hogar y que pretendía hacer de él un pequeño jardín, en el que cada minuto tuviese su aroma. Aromar los minutos de una vida es quizá lo más importante de toda ella, y este capítulo que usted dedica a las flores salvará nuestra época ante los ojos futuros. Usted, sin saberlo, mi querida amiga, está haciendo otro tipo de historia: la historia privada, que no se escribe, sino que se vive.

Vivir en pequeños detalles, en bellos, dulcísimos detalles; he aquí una ciencia difícil y enamorada. Siempre hay amor en las manos de una mujer que coloca flores sobre nuestra mesa, en la ventana de nuestro cuarto, junto a aquella fotografía que parece recordar un antiguo paseo al asomarse entre las flores. Las flores valen apenas unos céntimos; son flores aldeanas: margaritas, campanillas azules... Y, sin embargo, ponen un tesoro de paz y ternura entre el cansancio de nuestro trabajo, sobre ese paisaje de patio interior al que se abre la ventana y donde todas las cocinas desafinan una sinfonía de fogón. Las flores, llenando nuestra casa, nos hacen vivir una primavera íntima y jamás vencida. Una primavera que renace cada mañana al cambiar, en el puesto de la esquina, ramillete por calderilla.

Usted, querida amiga, apunte día a día lo que sus flores cuestan. Son muy baratas sus flores, mi querida amiga, porque con ellas consigue el único paraíso que a los trabajadores nos es dable conseguir en esta tierra: el pequeño y entrañable paraíso con inquilinato.

M. P. A.
(Dibujo de "Serny".)



GRAN EJEMPLAR He aquí un magnífico y afortunado perro danés de gran tonaje, su fortuna consiste además en haber obtenido galardones—uno de ellos pendiente de su cuello—en numerosas Exposiciones caninas. Actualmente se dispone a participar en una exhibición a la que concurren 1.700 perros, de 56 generaciones distintas, que se disputarán premios por un valor total del orden de los diez millones de pesetas. La muchacha que abraza traciosamente al animal es su dueña, Julia Prentis (dieciocho años), de Essex. (Foto Cifra.)